

Gaza otra vez

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

Aun resultando una ironía, o lo que es peor, una frivolidad, parece que no hay verano que se precie en Tierra Santa sin un conflicto armado en la Franja de Gaza. Resulta que se ha convertido ya en un clásico de estas fechas. Con todo, es cierto que nada igual a lo sucedido en 2014, cuando las Fuerzas de Defensa de Israel lanzaron la operación “Margen Protector” con un saldo de 2.310 bajas y 11.500 heridos gazatíes, en su mayoría civiles, por 66 soldados y 5 civiles israelíes fallecidos y 1.306 heridos. La destrucción de inmuebles, infraestructuras y bienes fue enorme, suscitando la indignación internacional. En esta ocasión, sin embargo, la virulencia está siendo menor, pero sostenida en el tiempo. Aquí debemos recordar que las protestas palestinas comenzaron el 30 de marzo y se siguen sucediendo ininterrumpidamente hasta ahora. En efecto, coincidiendo con la creación unilateral del Estado de Israel hace setenta años y los actos de celebración programados para la efeméride, incluido el traslado de la embajada estadounidense a Jerusalén, las reivindicaciones se han intensificado. El nacimiento de Israel supuso la “Nakba” para los palestinos. En su traducción del árabe, la catástrofe o desastre, que implicó un éxodo masivo, entre 700.000 y 900.000 personas, obligadas a abandonar sus casas y tierras. Entonces se convirtieron en desplazados, instalándose en campos supervisados por la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos (UNRWA) en países próximos como Jordania, Líbano, Siria, Egipto e Irak. En verdad, la situación había devenido calamitosa antes de 1948. Basta leer los espléndidos y documentados trabajos del historiador israelí Ilan Pappé para darse cuenta de ello, de cómo el padre de la patria, Ben Gurion, había diseñado una estrategia para eliminar a numerosos árabes como paso previo a la proclamación de la independencia, en los últimos estertores del mandato británico, con el objeto de crear un Estado judío lo más puro posible. Las devastaciones de aldeas locales, los asesinatos indiscriminados y el terror sobre el vecindario se venían dando con anterioridad. Está claro que los dirigentes judíos conocían a la perfección los métodos clásicos del colonialismo y los aplicaron sin miramiento sobre una población aterrorizada, incapaz de reaccionar con rapidez.

Las manifestaciones actuales de los gazatíes sólo se pueden entender teniendo en cuenta este contexto. Lo que están reivindicando está recogido en las propias resoluciones de la ONU, a saber: el regreso de aquellos huidos y su derecho a las parcelas arrebatadas por los colonos judíos. Es la llamada Marcha del Retorno, que ya se ha cobrado 142 vidas palestinas hasta el 18 de julio. Consecuentemente, éste es uno de los puntos más conflictivos de las conversaciones, al presente inexistentes, entre palestinos e israelíes, puesto que Tel Aviv no cede un ápice en este punto. A este respecto, se calcula que existen unos cuatro millones de descendientes de esos primeros desterrados y de los de la conflagración de 1967. Evidentemente, una cantidad muy considerable que Israel no está dispuesto a admitir, pues supondría el fin de ese Estado judío monocolor al que aspiran unos cuantos de sus dirigentes. Si hoy en día el que prácticamente un 20% de la ciudadanía israelí sea árabe ya supone un problema, qué decir si hubiese que acoger a tamaño número de expatriados. ¿Tanto esfuerzo desde 1948 para esto? Y precisamente en el momento en que se acaba de aprobar la Ley que define oficialmente a Israel como el “Estado Nación del pueblo judío”. Es de entender, por consiguiente, que este asunto no esté en la agenda israelí y me temo que

no lo estará nunca. Por mucho que sea una de las peticiones constantes de las demandas en Gaza.

En este sentido, no debemos olvidar que nos estamos refiriendo a una comarca relativamente pequeña en la que viven del orden de 1,8 millones de personas hacinadas y en condiciones extremadamente duras. Con los pasos fronterizos de Egipto e Israel cerrados, es la mayor cárcel al aire libre, donde sus habitantes carecen de libertad de movimiento. Controlada por Hamás, clasificada como organización terrorista por Israel y Estados Unidos, las relaciones entre este partido islamista y al-Fatah no terminan de normalizarse, lo que hace sumamente ardua la vida en su interior. Congeladas las elecciones presidenciales y parlamentarias desde hace años en Palestina, la desunión política imperante no contribuye a mejorar un escenario, de suyo, desesperado y a plantear una sola voz ante Israel. Algo que se hace tan necesario en las circunstancias imperantes, con una Administración norteamericana totalmente entregada a Netanyahu y que, pese a sus promesas de retomar las conferencias de paz, lo único que ha hecho es empeorar sensiblemente el panorama en la zona. De ahí que lo que se lleva viviendo en Gaza desde la pasada primavera responda nuevamente a la desesperación absoluta de unas gentes que llevan viendo pisoteados sus derechos desde hace ya demasiadas décadas, sin que la comunidad internacional haga nada. Y que ni siquiera levanta la voz al oír al primer ministro israelí afirmar que el único lenguaje válido en Gaza es el de la violencia. Cuando, justamente, lo que se necesita en la región es rebajar la tensión y retomar el diálogo. Aunque, desgraciadamente, por el momento esto no va a ocurrir, ya que los dirigentes de ambas partes no están por la labor y siguen inmersos en una dinámica bélica de la que les es muy difícil salir. Y mientras, los gazatíes de a pie y los agricultores israelíes de la frontera, éstos en menor medida, siguen siendo los grandes damnificados de estas guerras de estío.

19 de julio de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 22 de julio de 2018, p. 23